

Mr. Guizot se consagró á la reformación de los estudios históricos y políticos, á la restauración de la Historia y á la organización de un nuevo Gobierno.

La aplicación del método ecléctico al estudio de la Historia sirve para explicar cumplidamente aquella alta imparcialidad que es fuerza reconocer en Mr. Guizot cuando llama delante de sí, unos después de otros, todos los hechos que contribuyen á restaurar la fisonomía de aquellas épocas históricas olvidadas de todos los historiadores franceses del siglo XVIII. Monsieur Guizot no suprime la Iglesia ni el Municipio, ni la ciudad, ni la aristocracia, ni la democracia, ni la Monarquía. No suprime los restos de la civilización imperial, ni los gérmenes de la civilización que estaban como dormidos y ocultos en las entrañas de los pueblos bárbaros, ni la civilización pontifical, ni la obscura y perezosa organización del feudalismo, ni el magnífico desarrollo de las instituciones municipales y monárquicas; y no suprime nada de eso porque la civilización actual es el resultado lógico, inevitable, de la acción simultánea de todos esos gérmenes desarrollados, de todos esos elementos unidos, de todas esas civilizaciones incompletas y parciales.

De esta manera ha aplicado Mr. Guizot el eclecticismo á la Historia; en la carta próxima examinaré de qué manera le ha aplicado á los estudios políticos y á las materias de Gobierno, y en otra que publicaré después, y que será la última que consagraré á este asunto, procuraré descubrir lo que tiene de falso y de incompleto la filosofía ecléctica, y lo que Mr. Guizot, considerado como historiador y como político, tiene de incompleto y de falso.

de los falsos filósofos escoceses y alemanes; y lo que llama "reforma de los estudios morales," puro racionalismo aplicado á la moral.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 8 de Octubre.

La primera restauración de los Borbones no fué más que un vano simulacro que desapareció como una sombra y se disipó como un sueño. Apenas saludó las riberas de la Francia el gigante que era el prisionero de la Europa, cuando la nación, como fuera de sí misma y olvidada de sus Reyes, salió á recibir las águilas imperiales. Luis XVIII volvió á pisar el suelo extranjero, y Napoleón volvió á sentarse en el Trono que había levantado como monumento de su gloria.

La escuela ecléctica nada podía esperar de un hombre que al dogmatismo desdeñoso de su razón unía el inflexible de la espada. Napoleón gobernaba organizando, pero también gobernaba suprimiendo todos los entendimientos y toda las voluntades que no se consagraban al servicio de su persona. Si su poder hubiese sido igual á su deseo, para suprimir la idea de la legitimidad hubiera suprimido todas las ideas, y para suprimir la Revolución y la Monarquía hubiera suprimido la Historia. La Francia no debía tener más que una cabeza, un entendimiento, una voluntad, un brazo, y él se consideraba á sí mismo como el brazo, la voluntad, el entendimiento y la cabeza de la Francia. Todo lo que no iba á absorberse en ese panteísmo imperial, debía ser suprimido; el mundo no quiso dejarse absorber, y por eso armó guerra á todas las naciones; si su poder hubiera sido tan inmenso como su ambición, hubiera conquistado ó hubiera suprimido el mundo. No contento, en sus aspiraciones gigantescas, con ser una nación, hubiera querido ser el género humano.

La filosofía revolucionaria enmudeció con la restauración imperial, como había enmudecido durante el Imperio; la cató-

lica y la ecléctica emigraron con los Borbones. Mr. Guizot era el representante de la filosofía ecléctica, que para distinguirse de la católica se llamaba liberal, y para distinguirse de la revolucionaria se llamaba monárquica; y monárquica y liberal á un mismo tiempo, para caracterizarse á sí propia. Eran representantes de la filosofía católica los caudillos de la primera emigración, los cuales aspiraban á restaurar la Monarquía que habían conocido sus padres. Estas dos escuelas aspiraron á prevalecer en los consejos de Luis XVIII, el cual, solicitado en diversos sentidos, se inclinaba unas veces á satisfacer á los absolutistas y otras á contentar á los liberales. Mr. de Tayllerand se declaró por los últimos, é hizo inclinar á su favor el platillo de la balanza. Y no, ciertamente, porque el Príncipe de Tayllerand fuese ecléctico: el Príncipe no era ecléctico, ni católico, ni revolucionario, y era todas estas cosas sucesivamente, sino porque era el hombre de aquella situación como el de todas las situaciones: y en aquellos tiempos, la fuerza irresistible de las cosas hacía necesaria ¹ una avenencia entre los intereses nuevamente creados y los intereses seculares; entre las ideas que habían sobrevivido á la Revolución y las que habían servido de fundamento á la antigua Monarquía; entre la Revolución y la Historia.

Entre Mr. Tayllerand ² y los demás hombres apenas había algunas ligeras semejanzas; mientras que no había ninguno que no se consagrara al servicio de una idea filosófica ó de una forma de gobierno, él había puesto á su servicio todos los Gobiernos y todas las filosofías. El había recibido del Cielo un don inestimable, el de ver lo futuro en lo presente, ó lo que es lo mismo, el de ver lo presente mejor que los demás. Mr. Cousin ha proclamado la impersonalidad de la razón, y yo, por mi parte, estoy inclinado á adherirme á la opinión de este filósofo

¹ "Fuerza irresistible,, avenencia necesaria,, términos y deijos de la escuela liberal informados de fatalismo histórico.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² De Tayllerand hemos hablado en otra nota, y en ésta tomamos su nombre para prevenir al lector respecto á los juicios que de él pronuncia Donoso Cortés, en los cuales se echa de ver el estado á la sazón fluctuante de su inteligencia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

si él por la suya está dispuesto á concederme que ese principio no puede aplicarse á la razón de Mr. de Tayllerand; tan lejos estaba de ser impersonal en él, que se transformó en su propia persona. El Príncipe de Tayllerand no era, como los demás, un ser inteligente, era la inteligencia; no era un ser razonable, era la razón humana personificada en un hombre. El Príncipe no estaba sujeto al imperio de las pasiones; él ni amaba ni aborrecía, porque los hombres no eran otra cosa para él sino instrumentos ú obstáculos. No tenía temores ni esperanzas, porque, ¿qué podía temer él, que veía los peligros y el modo de evitarlos, ni qué podía esperar él que todo lo tenía? ¿Esperaría por ventura enriquecerse? No, porque el dueño de todos los secretos de Estado era el señor de todo el dinero del mundo. ¿Le aquejaría la ambición de hacerse un nombre glorioso? No, porque estaba en quieta y pacífica posesión de la gloria. ¿Esperaría alcanzar el Poder? No, porque conversaba de igual á igual con los Príncipes de la tierra. En sus acciones no estaba sujeto con la rémora de la Religión, porque no era religioso, ni con la de la moral, porque jamás buscaba lo justo, sino lo conveniente; ni por la del patriotismo, porque no se asió jamás á las cosas perecederas, y es perecedera la gloria de las naciones; de él no puede decirse que era francés ni ciudadano del universo: menos distante de la verdad estaría el que afirmara que era una potencia pacífica y neutral que tenía en su mano la balanza de las potencias beligerantes.

Aniquiladas, extinguidas en él hasta este punto las pasiones, su voluntad era libre, la más libre de la tierra, y esa voluntad estaba toda entera al servicio de su razón, ocupada exclusivamente en apreciar los acontecimientos humanos desde su eminente, serena, inaccesible altura; desde allí escuchaba el confuso rumor de las opiniones y de los acontecimientos, y mientras que los demás hombres sólo se escuchaban á sí propios, él, puesto un sello á sus labios, escuchaba lo que esos acontecimientos y esas opiniones le decían. Cuando la Convención proclamaba, en medio de un silencio sepulcral, la eterni-

dad de sus obras, Tayllerand escuchaba un confuso y sordo rumor que salía de las entrañas de la Francia y del mundo anunciando al que había de venir para poner el pie en el cuello de la serpiente. Cuando Napoleón recorría triunfante la Europa montado en su caballo de batalla, y recibiendo, como el dios de la guerra, el incienso de las naciones, Tayllerand escuchaba ya los lamentos de la Francia en Waterlío, y se preparaba para dar audiencia en su propia casa á los Príncipes y á los Reyes á quienes estaba reservada la victoria. Cuando Carlos X se lanzó en el camino que lo llevaba á su perdición, él escuchaba ya el estruendo de la revolución de Julio; cuando todos la anunciaban una muerte prematura, él la anunció una larga vida, porque sólo él escuchaba el himno de la paz que el mundo estaba entonando cuando todos creían escuchar el himno de la guerra.

Bonaparte y Tayllerand se parecen uno y otro en que fueron los hombres más grandes de su siglo; se diferencian entre sí en que cada uno de ellos lo fué de diferente manera. Bonaparte quería absorber el mundo en su persona; Tayllerand no quería dejarse absorber ni por Bonaparte ni por el mundo. Bonaparte quería delinear un nuevo mapa de Europa en los campos de batalla; Tayllerand dibujaba ese mapa en los Congresos. Bonaparte no hubiera sido lo que fué sin la Francia; Tayllerand lo era todo por sí mismo. Bonaparte se engañó en Bailén, en Moscou y en Waterlío; Tayllerand no se engañó nunca. Bonaparte atesoró grandezas para concluir por la bancarrota; Tayllerand estuvo atesorándolas hasta la hora de su muerte. Tayllerand murió en París; Bonaparte en Santa Elena. Bonaparte reclamó y obtuvo la soberanía del genio que Alejandro, César, Cromwell habían obtenido en las pasadas edades, y que otros han de obtener en las edades venideras; Tayllerand obtuvo, sin reclamarla, la soberanía de la razón, que ninguno había obtenido hasta entonces, y que es difícil, si no imposible, que en adelante obtenga jamás ninguno. Las últimas palabras de Bonaparte fueron consagradas á Dios; el

último discurso de Tayllerand fué un elogio de la Teología. Uno y otro, al expirar, buscaron un refugio en la fe, confesaron la divinidad del Salvador de los hombres, y prosternados y contritos, presentaron al pie de su Trono la rica ofrenda de las grandezas terrenales.

Volvamos á anudar el hilo de mi discurso. Dueña la escuela ecléctica del ánimo del Monarca y verificada la segunda restauración después de los Cien Días, el eclecticismo dió á la Francia un Gobierno que no tuvo necesidad de inventar porque se le encontró establecido en Inglaterra. Esta especie de Gobierno, al que se le ha dado el nombre de representativo, era á los ojos de los filósofos eclécticos el *desiderátum* de la Europa y del mundo, y la más perfecta y más grande de las instituciones humanas. En él, la Monarquía, la aristocracia y la democracia se mueven sin encontrar resistencias, se desarrollan sin obstáculos y se combinan sin absorberse. Para los eclécticos, la perfección en la Filosofía consiste en la coexistencia de la materia y del espíritu, del cuerpo y del alma, de las ideas y de las sensaciones; la perfección en la Historia consiste en la coexistencia de todos los hechos sociales; la perfección en el Gobierno consiste en la coexistencia del orden y de la libertad, de la conservación y del progreso, de la democracia, de la aristocracia y de la Monarquía.

Con estas máximas, que prevalecieron en la segunda restauración, vinieron á público certamen todos los partidos y todas las opiniones. La escuela católica, la ecléctica y la revolucionaria pudieron proclamar sus dogmas libremente en la prensa, en la cátedra y en la tribuna. La discusión había destronado á la guerra. La aurora del día de la tolerancia y de la libertad comenzaba á lucir en el horizonte del mundo ¹.

Ni antes ni después ha existido una época en la Historia más rica de libertad y de ciencia, de catedráticos, de oradores

¹ Aquella era la aurora; ahora ya estamos cerca del día, *dies irae dies illa... y hora* de los enemigos de Dios y de su Cristo, hijos de las tinieblas. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y de publicistas ¹. Entre los primeros y los últimos se distinguía Mr. Guizot, que era sin ningún género de duda el hombre que representaba más cumplidamente el eclecticismo político que había llegado á prevalecer en el Gobierno. Mr. Guizot era el hombre más libre de la Francia: á lo menos era el que había penetrado más adentro en el estudio de las instituciones liberales, el que con más ardor se había consagrado á su servicio. Benjamín Constant, que es el único que puede comparársele, no tuvo aquella conciencia vasta de la libertad, comprensiva, profunda, que se advierte en los discursos y en los libros de Mr. Guizot, que era el eclético por excelencia. Benjamín Constant se contenta con enseñarnos cuál es el mecanismo propio de los Gobiernos constitucionales: Mr. Guizot hace más, porque nos descubre su naturaleza y su índole. Mientras que Benjamín Constant se ocupa exclusivamente en el estudio de las formas que distinguen á los Gobiernos representativos de todos los demás, Mr. Guizot se ocupa en el estudio de los principios que le constituyen y en las ideas que le sirven de fundamento; en fin, mientras que Benjamín Constant nos describe su *estructura*, Mr. Guizot nos cuenta su *historia*.

Mr. Guizot prestó constantemente el apoyo de su talento á la oposición liberal y combatió siempre en sus filas. Cerrada su cátedra por un Gobierno que comenzaba á manifestarse receloso, les declaró en la prensa una guerra de muerte, pero sin traspasar nunca ni los límites de la legalidad, ni los de una discusión templada y decorosa. Sin embargo, andando el tiempo, el Gobierno y el partido liberal vinieron á extremos tales que iba haciéndose entre ellos imposible toda especie de acomodamiento ó avenencia. Siendo el Gobierno vencido, lo era con él la prerrogativa real; siendo vencida la oposición, quedaba vencida también la prerrogativa parlamentaria. Siendo éste el estado de las cosas, no era difícil prever que estaba próximo el día en que el Parlamento y el Trono habían de re-

¹ La era, debió decir, de los charlatanes. Véase *El charlatanismo social*, por el Rdo. P. Félix.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

mitir sus pretensiones al trance de las batallas. La Cámara de los Diputados rompió las hostilidades con la famosa contestación de los 221 al discurso de la Corona. La Cámara fué disuelta; el partido liberal ganó las elecciones. El Rey dió los famosos decretos, y amaneció en la Francia el día de la revolución, el día de los tres días. ¿Fué este día fausto ó nefasto? ¿Estuvo la razón, el derecho, la justicia de parte de la Cámara, ó de parte del Trono? El éxito dió la razón á los vencedores: falta ver á quién la darán la posteridad y la Historia ¹.

La revolución de Julio dió un paso atrás después de su victoria, y brindó con el cetro al Príncipe más emparentado con sus Reyes, al Príncipe que había de poner fin á sus desmanes, al Príncipe que la Providencia tenía como en reserva en su misericordia, para salvar de ese gran cataclismo á su nación y á su familia, á los Borbones y á la Francia. Luis Felipe es la única obra gloriosa de la revolución de los tres días; todo lo que se ha hecho grande y glorioso después, es obra de Luis Felipe; obra suya es la libertad y la prosperidad de la Francia; la tranquilidad de los Soberanos de la Europa y el reposo y la paz de las naciones ².

Mr. Guizot contribuyó con todas sus fuerzas al triunfo de la Revolución sobre la Monarquía, y con él contribuyeron á la misma obra todos los filósofos de su escuela. ¡Cosa singular! El eclecticismo, que había prometido gobernar sin fanáticas supresiones, luego que alcanzó el imperio comenzó por suprimir la dinastía y por mutilar la aristocracia fanáticamente.

Entonces sucedió lo que debía suceder: que habiendo arrojado los ecléticos su máscara, se concluyó el eclecticismo como filosofía y como escuela, quedando sólo en pie la Monarquía en el estado de protestantismo y la Revolución en el estado de Gobierno.

¹ La posteridad y la Historia no deben dar nunca la razón á una sedición, ó dígase á un miserable motín promovido contra el Trono legítimo en nombre de principios revolucionarios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Toda la gloria de Luis Felipe se deshizo como el humo: era falsa.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)